

REALIDAD
REVISTA DE IDEAS
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Año I

Enero – Febrero 1947

Vol. I

Nuestra cultura —la vieja e ilustre cultura de Occidente— ha llegado hoy a una situación excepcional.

Por una parte, atraviesa formidable crisis; por la otra, se halla en la obligación de proporcionar al mundo entero —ya no exclusivamente a lo que era hasta ahora su propio ámbito— un programa completo de vida y de pensamiento, porque el proceso de unificación mundial que venía avanzando desde hace tiempo se ha acelerado prodigiosamente en los últimos años, por razones y en maneras tan varias como bien conocidas, haciendo de todo el planeta una sola unidad. Este es el hecho gigantesco que debe afrontar el hombre occidental: su cultura, quebrantada por una crisis gravísima, tiene que asumir plenamente el carácter y la función de cultura universal.

Del hecho indiscutible brota un haz de obligaciones inexcusables; ignorar ese hecho, descuidar estas obligaciones significaría avanzar a ciegas hacia el fracaso. Enumeraremos algunos de los deberes derivados de la situación. El Occidente debe alcanzar conciencia de sí, de sus raíces y fundamentos, de lo que en él es accidente y de lo que es esencia, de su médula viva, de sus limitaciones y de sus posibilidades. Debe también abarcar su crisis, entenderla, juzgarla, arbitrar los medios para salir de ella. Esto, en cuanto a lo que pudiera llamarse el aspecto interno. En cuanto a lo externo, debe examinar la nueva situación, abrirse a una comprensión más generosa y cabal de las otras culturas, para respetar en ellas su derecho, para incorporar aquellos de sus valores que resulten admisibles sin desmedro de la peculiaridad propia, para corregir lo que, acá y allá, hubiera de angosto y unilateral. Una cultura no se impone a quienes no la tengan por propia; únicamente es legítimo proponerla. Y la aceptación dependerá de que la propuesta resulte satisfactoria en sus bases y como programa. Acaso el porvenir de la humanidad en los siglos próximos —o el provenir de la humanidad, sin más— penda en esta solemne ocasión de que la propuesta del Occidente sea aceptada. Y ello depende, a su vez, de que resulte aceptable. Y ello depende, a su vez, de que resulte aceptable. En cuanto a la propuesta misma, está haciéndose por fatal decisión del destino histórico. No cabe retroceder; sólo nos es dado trabajar en la tarea inevitable, procurar que nuestra civilización, depurada y robustecida, se convierta en civilización ecuménica.

A Europa corresponde el honor de haber concretado nuestra cultura, no sin incluir legados e injertos de otras más viejas. Pero los americanos no somos advenedizos en ella. Es tan nuestra como lo pueda ser de cualquier pueblo europeo actual. Lo es por la herencia común, lo es además por nuestros especiales aportes, y también por otros motivos: por el hálito esperanzado que el Occidente ha recibido del Nuevo Mundo, por la síntesis aquí realizada y en continuo trámite, por el aire y el movimiento que cobra en nuestras tierras. Desde el Descubrimiento, América ha sido la ilusión, el ensueño de Europa. Todo impulso reprimido, toda ambición fracasada, todo derecho sojuzgado, toda aspiración insatisfecha en suma, han apuntado al Nuevo Mundo, y en él se sosegaban, en la efectividad del trasplante o en la mera figuración del anhelo. Por donde América, además de aquello que en sí es como concreta realidad, vino a ser un contenido nuevo en la conciencia europea y, por ende, en la de nuestra cultura. Afirmamos, pues, que América ha sido y es algo importante como incitación o poderosa latencia en la misma sede originaria de nuestra cultura; y creemos también que esa cultura, más allá y por encima de lo que en cada uno de sus órdenes hayamos podido incorporar a ella, reviste en la amplitud americana un ritmo nuevo, más elástico, libre y vivaz, y se integra y unifica por la armónica convivencia y compenetración de sus distintos motivos y aun de aquellos de sus elementos que se mantenían separados y hasta hostiles en la arisca diversidad del mosaico europeo. Si todo esto es cierto, debemos aceptar que a América puede estarle reservado un papel capital en la necesaria extensión, presente y futura, al mundo entero, de los principios, modos y normas de la cultura de Occidente.

En las notas generales de lo americano dentro de nuestra civilización coinciden venturosamente las dos secciones culturales del Continente, por distintos que sean sus caracteres desde otros ángulos: aquella coincidencia y estas disparidades permiten y anuncian una provechosa cooperación y compensación, cuyo perfeccionamiento aumentará con el correr de los días, por la fuerza de las cosas y la buena voluntad de los hombres. Y en la mitad de raigambre hispánica, nuestro país tiene una significación y un puesto que nadie intenta disputarle y que nos depara pesados deberes.

Estos deberes —tal como han sido esbozados antes en el sentido de la lucha por la vigencia de valores universales capaces de configurar un esquema vital aceptable para todo el mundo y dotado de viabilidad histórica— gravitan sobre nosotros de manera particular, porque a nuestro alrededor prosperan tendencias negativas, fuerzas que empujan al mundo, no hacia aquel deseable programa de vida, sino hacia la disolución de todo principio espiritual y aun de toda cultura. Contra esos impulsos destructores queremos elevar la voz de la razón, en una tarea

clarificadora que afirme la validez suprema del espíritu y desentrañe con serenidad, energía e independencia su papel en la civilización y en la vida del hombre.

Sabemos bien cuáles son las dificultades de esa empresa. Quizá la principal de ellas consista en saber eludir la invitación que esas fuerzas — en verdad, demoníacas— hacen a quienes desean combatirlas para que acudan a su propio terreno. Descender a él, aunque fuese ganando pequeñas batallas, supondría en el fondo haber perdido ya la gran batalla, haber aceptado —no importa con cuántas reservas mentales— el juego del adversario. La necesidad de mantenerse en el terreno propio obliga, sin embargo, a actitudes que más de una vez parecerán dudosas a los simplistas; pues no se tratará a menudo de pronunciarse por el sí o el no en cuestiones prácticas, sino de llevar éstas a un plano donde adquieran dignidad y plenitud de sentido. Por lo demás, una revista que no quiere ser literaria en el sentido habitual de la palabra, ni tampoco especializada en un grupo aislado de problemas teóricos o prácticos, tiene naturalmente como programa la consideración de la vida de la cultura, y la forma como ello se realice depende en parte de las intenciones previas, pero también, en igual o mayor medida, de las posibilidades y aun de la palpitante contingencia. Un libro puede elaborarse según plan y propósito; una revista es como un ser viviente, tiene que hallar viviendo la ley de su existencia. Si algo, sin embargo, nos parece indudable, es que la hora no tolera el juego brillante, la amable superficialidad, el entretenimiento de lo episódico; si algún límite nos hemos de imponer, se referirá, más que a los temas en sí, a la calidad de los enfoques.

REALIDAD se llama esta publicación, porque intenta atender — desde nuestro mirador argentino y con la contribución de muchas mentes vueltas hacia el enigma de nuestro tiempo— a la vasta realidad contemporánea, a la que somos nosotros, a la total en la que deseamos insertar cada vez más nuestra presencia patente y operante. Le hemos puesta como subtítulo Revista de Ideas, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento interviene en lo real el escritor. Todo hecho humano, o se constituye sobre un armazón de ideas, o las tiene como ingrediente; todo hecho natural y humano se conoce, se juzga y se modifica mediante las ideas. Hechos e ideas componen la maraña de lo real, sin excluir la realidad que es ansia y prefiguración de lo futuro. La vida humana, como dijo un sumo poeta de realidades, está tejida “con la misma trama de nuestros sueños”. En este amplio sentido ponemos en nuestra portada realidad —síntesis del hecho y de la idea—, e ideas —suma del pensamiento y del ideal.